



“Quiero tener una buena posición social”

Por: Valentín de Pedro

Había ya andado mucho camino en la vida, cuando Rubén escribe que “sospecha” lo que quería decir con aquello de “Quiero tener una buena posición social”, que le espetó al presidente de El Salvador cuando tenía quince años. No es que lo sospechara, es que lo sabía. Sabía perfectamente lo que quiso decir entonces, como lo sabía en el momento de decirlo. De ahí el calificar a esas palabras de “exactas e inolvidables” Y si lo dijo fue porque en lo íntimo sabía quién era y lo que quería ser. En aquel momento tuvo el valor o la ingenuidad de revelarlo; pero hay cosas que no pueden decirse para no manifestar el propio convencimiento ante la incredulidad ajena. Eso lo sabe mejor en los años en que lo recuerda y dice que sospecha lo que entonces quiso decir.

Porque en lo íntimo sabía quien era y estaba penetrado de su misión, aspiraba a una buena posición social: la que corresponde al poeta como representante egregio de la sociedad en que vive; esa sociedad con la que se ha puesto en contacto en la capital de su patria, que ha frecuentado y en la que no encontró el puesto que debía ocupar: el puesto que debía ocupar el poeta. Sociedad de hacendados, generales, políticos, doctores, comerciantes. Sociedad en la que el poeta no tenía asignado un lugar de preeminencia; en la que había muchos poetas, pero que esto no significaba nada en sí, como no fuera algo superfluo, un aditamento o adorno si se quiere, sobre lo que en realidad se era. Y así, por el momento, la sociedad lo había clasificado a él, poeta, como “inteligente joven pobre”, al que era preciso educar y guiar, para que en su día pudiese ocupar un puesto en la sociedad, como doctor, como militar, como político. Pero él quería ocuparlo como poeta; por eso había renunciado a la condicionada protección que los poderes públicos le ofrecían. Era un iluso al pretender otra cosa, cierto: un Quijote.

Y como un caballero del ideal había echado a andar mundo adelante, dispuesto a conquistar ese puesto que en la sociedad ambicionaba para el poeta, con las descomunales batallas que pensaba librar en defensa de la poesía, y por consiguiente con la fama de su nombre. Al igual que el Ingenioso Hidalgo después del aleccionamiento del ventero, se preocupa de llevar dineros y camisas. Es lo que en su carta pide a los amigos. Y les pide también un frac. Para la gran aventura a la cual va a lanzarse, necesita proveerse de un frac tanto como de camisas, ya que ha podido comprobar que lo que distingue al hombre de sociedad es el traje. Y el poeta, en su calidad de caballero andante, necesita vestirse como el más distinguido caballero.

¿Qué respondió el presidente de El Salvador al poeta, cuando este le dijo: “Quiero tener una buena posición social”? Rubén sigue de este modo su relato: “El doctor Zaldívar, siempre sonriendo, me contestó bondadosamen-

te: “-Eso depende de usted...”.

Sabia contestación, a la que el poeta podía haber replicado:

“-Lo sé, y por mí no quedará”. Pero nada dijo y se despidió del Jefe de Gobierno salvadoreño.

“Cuando llegué al hotel -prosigue Rubén-, al poco rato, me dijeron que el director de policía deseaba verme. Noté en él y en el dueño del hotel un desusado cariño. Se me entregaron quinientos pesos plata, obsequio del presidente. ¡Quinientos pesos plata! Macarroni, moscato espumante, artistas bellas... Era aquello en la imaginación del ardiente muchacho flaco y de cabellos largos, ensoñador y lleno de deseos, un buen comienzo para tener una buena posición social...”

Con ese dinero había de sentirse generoso hasta la prodigalidad, porque la prodigalidad era un signo de grandeza de alma y de señorío. Y se puso a gastar como si aquellos quinientos pesos fuesen el anticipo de un caudal inagotable. “Ejercía de nabab”, compartiendo, con “improbables poetas adolescentes, escritores en ciernes y aficionados a las musas”, la mesa del hotel, en la que, además del moscato espumante, no faltaría el champaña, al que tan aficionado se mostraba el joven Rubén.

“...Improbables poetas adolescentes, escritores en ciernes y aficionados a las musas...” ¿No resulta graciosa esta manera de calificar a sus nuevos compañeros y amigos, si tenemos en cuenta que el sólo contaba quince años de edad? Dijérase que se olvida de esto y los contempla a través de su lente de hombre ya maduro y poeta famoso. Mas tenemos, también de su pluma, una referencia a ellos que data de tres años después, que nos permite identificarlos, siquiera sea en parte. Se trata de una correspondencia enviada por Rubén a la Revista Latinoamericana de México, desde Managua, con fecha de abril de 1885. Dice en ella:

“En casa de Gavidia, en San Salvador, nos reuníamos todos los amigos de las letras. Bien recuerdo su cuarto de estudiante desarreglado, que por todo ajuar tenía pocas sillas y una mesa donde estaban revueltos tomos viejos y libros nuevos... A aquel cuarto llegábamos a charlar de literatura, a leer a Fernando Velarde y a Núñez de Arce (y sobre todo a Menéndez Pelayo, de quien Gavidia es adorador), y así pasábamos las largas noches...”

El recuerdo se aclara, los hechos se precisan. Gavidia es Francisco Gavidia, “quien quizás sea de los más sólidos humanistas y seguramente de los primeros poetas con que hoy cuenta la América española” diría Rubén, cuando los dos eran ya hombres de experiencia. Entonces, el nicaragüense contaba quince años de edad y el cuzcatleco diecisiete. Aunque una diferencia de dos años poco significa, en esa edad tiene su importancia. Eso le confería a Gavidia cierto ascendiente sobre Darío, y le autorizaba a ejercer una especie de función rectora sobre el

grupo, en su mayoría, como el nicaragüense, algo más jóvenes que él. Y no sólo la edad, sino también su talento y sus conocimientos, justificaban su predicamento en el grupo. Por lo pronto, dominaba el francés como ninguno de sus compañeros, y en punto a letras francesas todos podían considerarse sus discípulos. Era un magisterio grato para él. Poseía libros de modernos poetas de Francia y comulgaba en el altar de Víctor Hugo. Trasladar sus armonías a nuestro idioma era su preocupación. En su casa de San Salvador, a la que Darío se refiere; en esas largas noches por él evocadas, Gavidia leía versos franceses, con preferencia los alejandrinos de Hugo, cuya textura rítmica se esforzaba por descubrir. Era su propósito contagiar aquel afán a sus compañeros, cosa que al parecer no lograba, con una excepción, como puede verse por estas líneas suyas:

“...hubo uno que prestó atención como yo lo deseaba; que me oyó una vez, y dos y más, parrafadas de versos franceses, y un día y otro día; y finalmente leyó él a su vez como yo mismo lo hacía. Este mi interlocutor era entonces un gran palmino y un gran becqueriano; había leído cien décimas, dignas del mismo don José Joaquín Palma ante el Congreso de Nicaragua, y llenaba los álbumes con imitaciones deliciosas de Bécquer. Nada había hasta ahí en el de modernista; a mejor dicho, de francés...”

Para que supiéramos que se trataba de Rubén Darío no necesitaba nombrarlo. A su vez, Rubén reconocería:

“Fue con Gavidia, la primera vez que estuve en aquella tierra salvadoreña, con quien penetré en iniciación ferviente, en la armoniosa floresta de Víctor Hugo; y de la lectura mutua de los alejandrinos del gran francés, que Gavidia, el primero seguramente, ensayara en castellano a la manera francesa, surgió en mí la idea de renovación métrica, que debía ampliar y realizar más tarde”.

A tal punto fue fecundo el encuentro de Rubén Darío con Francisco Gavidia en San Salvador. También se encontraría allí con su maestro, el polaco español José Leonard, que había ido a afincarse en la capital salvadoreña, y con su paisano el poeta Román Mayorga Rivas, de quien sin duda tomó ejemplo para la realización de aquel viaje.

Los periódicos locales publicaban versos de Rubén, y, encontrándose él en San Salvador, apareció una revista -la primera revista gráfica que veía la luz en El Salvador y aun en toda América Central- titulada Ilustración Centro-Americana, en cuyo número inicial -16 de octubre de 1882- se publicaba con todos los honores un largo poema suyo con este ambicioso epígrafe:

“La poesía castellana”, y en él demostraba ya, a los quince años, el conocimiento que de ella tenía, y de cada uno de sus grandes cultores, empezando

por loar a los primitivos bardos, desde el anónimo autor del Cantar de Mío Cid, en una imitación de su arcaico lenguaje -alarde que repetiría otras veces más adelante y que prueba su portentoso don de asimilación-, y haciendo la alabanza de los siguientes a la manera de cada cual. Y además aparece ya, al final de este poema, su sentido de integración de la poesía española e hispanoamericana, cuando al referirse a sus cultivadores, tras nombrar a Núñez de Arce, Bécquer y Campoamor, pone junto a ellos a la Avellaneda, a Mármol, a Andrés Bello, a Olmedo, a Arboleda, a los Heredia, a Caro, a Palma y a Marroquín.

Y así llega el 24 de julio de 1883. Es el día en que toda América se apresta a celebrar el nacimiento de Simón Bolívar. En un concurso abierto por el Ministerio de Instrucción Pública de El Salvador, y al que concurren los mejores poetas salvadoreños, se lleva la palma Rubén Darío con una oda al Libertador. Al cabo de los años, cuando la recordara, diría de ella: “bella, clásica, correcta, muy distinta naturalmente, a toda mi producción en tiempos posteriores”. Es curioso ver que dice de ella “distinta”, sin otro calificativo que pueda suponer repudio o desdén, y que la reconoce bella.

24 de julio de 1883. Darío llevaba en San Salvador muy cerca de un año. Parece que su proceder en el hotel -el moscato espumante que se le subiría a la cabeza-, le acarreó la enemistad del presidente Zaldívar, y aquel día se reconciliaría con él, siquiera fuese transitoriamente; día que señaló en su vida -según sus propias palabras- una fecha inolvidable: el estreno de su primer frac y su primera comunicación con el público desde un escenario. Razón tenía en pedir un frac a sus amigos cuando vino a El Salvador. Había llegado el momento de vestirlo, que era como armarse de punta en blanco. En el escenario del Teatro Nacional de San Salvador, en una solemne noche de gala, ganaría su primera gran batalla. Podía considerar que sus confrontaciones con el Público, hasta aquel momento, sólo habían sido escaramuzas. Y que no hacía mal papel en el escenario. Al contrario. En la manera de pisarlo podía reconocerse ya como primera figura. Algo habría aprendido sin duda de las artes escénicas de José Blen, destacadísimo galán de una compañía de comedias que por aquel tiempo actuaba en San Salvador, del que Rubén se hizo muy amigo, no dejando de ver ninguna de las obras que representaban. Pero eso no bastaba sin duda para haber llegado a recitar con arte tan depurado. Su modo de decir los versos, un tanto pausado, y destacando el valor no ya de cada estrofa, sino de cada palabra, en todo su sentido y su musicalidad, dijérase no cosa aprendida, sino un don de su naturaleza.

Continuará...